

QUEVEDO'S LIFE OF PABLO DE TARSIA: AN EXCEPTIONAL MODEL
IN GOLDEN AGES BIOGRAPHICAL PRODUCTION

La *Vida de Quevedo* de Pablo de Tarsia: un modelo excepcional en la producción biográfica del Siglo de Oro

María Alférez Sánchez

Universidad Francisco de Vitoria

maria.alferez@ufv.es

Fecha recepción 12.01.2018 / Fecha aceptación 09.04.2018

Resumen

La *Vida de Quevedo* de Pablo de Tarsia es una biografía secular, exenta, publicada en 1663 y reeditada en 1792. Su encargo fue promovido por el sobrino y heredero de Quevedo, Pedro Aldrete. La biografía era un género de éxito en el Siglo de Oro, pero estaba restringida, generalmente, a personajes del clero o a figuras destacadas en la Corte. Así pues, la idiosincrasia de su protagonista nos invita a profundizar en el estudio de dicho texto, para dar cuenta del porqué de su escritura, de los agentes que han participado en su formación, así como de los modelos en los que se sustenta su discurso.

Palabras clave

Biografía, Hagiografía, modelos, s. XVII, vitae, Retórica, Filosofía moral.

Abstract

Quevedo's *Life of Pablo de Tarsia* is a secular biography, sold alone, published in 1663 and reprinted in 1792. It was promoted by Quevedo's heir and nephew, Pedro Aldrete. Biography was a successful genre in Golden Ages, but was reserved mostly for the clergy or prominent courtiers. There are therefore idiosyncrasies regarding the choice of protagonist that invite us to study the text further with a view to accounting for why it was written, the agency behind its creation, and the models the feed into the discourse.

Keywords

Biography, Hagiography, models, 17th century, vitae, Rhetoric, Moral Philosophy.

1. Introducción

La *Vida de Quevedo* de Pablo de Tarsia es una narración biográfica breve publicada en 1663, casi dos décadas después de la muerte del poeta, cuya escritura fue promovida por Pedro Aldrete, sobrino de Quevedo y editor de sus obras.

El molde genérico en el que se inserta no supone nada novedoso. El relato de las *vitae* venía ya practicándose de la Antigüedad clásica. Cabe recordar como primeras calas en la producción biográfica el *Evágoras* de Isócrates o el *Agésilao* de Jenofonte. Dichos precursores sentaron unos presupuestos donde descansa el tronco común de toda biografía, abierto a las consecuentes propuestas taxonómicas: desde la biografía política, con propuestas como las de Plutarco con sus *Vidas paralelas* o las *Vidas de filósofos ilustres* de Diógenes Laercio al *De Viris Illustribus* de san Jerónimo, basado en el modelo suetoniano.

Acercándonos a la Modernidad, el trasvase de rasgos del modelo clásico sumado a una intencionalidad religiosa y a un carácter estrictamente edificante da lugar a una explosión literaria de corte hagiográfico. La refundición de la *Leyenda áurea*, o las grandes colecciones de Alonso de Villegas y Pedro de Ribadeneira tuvieron un impacto inconmensurable tanto en la producción cultural como en la religiosidad popular¹.

Ahora bien, aunque esta biografía entronca con la tradición biográfica expuesta, presenta características que la convierten en un modelo excepcional, incluso dentro de los productos editoriales de su época: una biografía secular, exenta e individual con un literato carente de exequias tras su muerte. Es claro que se está conformando un nuevo modelo de difusión editorial condicionado por los modos de circulación del producto impreso y las estrategias del mercado en ciernes.

2. La posición de Quevedo en el canon poético del Siglo de Oro

De las obras que Simón Díaz recoge en su *Mil biografías*², solo figuran diez dedicadas a escritores. Inclusive, la producción de Tarsia es la única concebida para venderse de manera exenta,

1. Vid. los estudios panorámicos de V. Valcárcel Martínez (Coord.), *Las biografías griega y latina como género literario. De la Antigüedad al Renacimiento. Algunas calas*, Vitoria Gasteiz, 2009 y A. Gómez Moreno, *Claves hagiográficas de la literatura española (del Cantar del Mío Cid a Cervantes)*, Madrid, 2008.

2. S. Díaz, *Mil biografías de los siglos de oro: índice bibliográfico*, Madrid, 1985.

mientras que la mayoría de las biografías de literatos forman parte de los preliminares de sus ediciones, como la *Vida y escritos de don Luis de Góngora* (1628)³ en el manuscrito Chacón o la que incluyó Herrera en sus *Anotaciones a la poesía de Garcilaso* (1580)⁴. Dicha peculiaridad nos invita a suponer que Quevedo, a pesar de sus disidencias políticas⁵, gozó de estimación entre sus contemporáneos. Basta con reproducir el soneto que Lope de Vega le dedicó en la silva séptima del *Laurel de Apolo* y que Tarsia aprovecha para introducir en su *Vida*⁶.

Al docto Don Francisco de Quevedo
 llama por luz de tu ribera hermosa,
 Lipsio de España en prosa,
 y Juvenal en verso,
 con quien las Musas no tuvieran miedo
 de quanto Ingenio ilustra el Universo,
 Ni en competencia a Pindaro, y Petronio,
 como dan sus escritos testimonio;
 espíritu agudísimo, y suave,
 dulce en las burlas, y en las veras grave,
 príncipe de los Lyricos, que él solo
 pudiera serlo, si faltara Apolo.
 O Musas! Dadme versos, dadme flores,
 que a falta de conceptos, y colores,
 amar su ingenio, y no alabarle supe,
 y nazcan mundos, que su fama ocupe.

No obstante, su discutida personalidad, vacilante entre el personaje bufonesco y el penitente, atrajo a sus contemporáneos y lo convirtió en materia de numerosas producciones satíricas. Este es el caso del ‘Anacreonte Español’ de Góngora o de las acusaciones que recibió

3. L. de Góngora, *Obras de don Luis de Góngora*, Madrid, 1991.

4. F. de Herrera, *Anotaciones a la poesía de Garcilaso*, Madrid, 2001.

5. Sobre esta polémica cfr. R. Cacho Casal, “Quevedo contra todos: la segunda parte de la *Política de Dios* y su contexto”, *The Bulletin of Hispanic Studies*, 87, 8, 2010, 897-921.

6. Para la elaboración de este estudio hemos trabajado con la primera edición conservada en la Biblioteca Nacional de España con signatura 3/27217: P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas, Cavallero del Orden de Santiago, Secretario de su Magestad, y Señor de la Villa de la Torre de Iuan Abad*, Madrid, 1663. La obra contó con una segunda edición exenta en 1792, vid. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas...*, Madrid, 1792. Recientemente, ha sido reproducida en edición facsímil en 1988, 1997 y 2008. Vid. M. Prieto Santiago y F. B. Pedraza Jiménez (Eds.), *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, Aranjuez, 1988; M. Prieto Santiago y F. B. Pedraza Jiménez (Eds.), *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, Cuenca, 1997; P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo y Villegas*, A Coruña, 2008. Para su traducción al italiano, M. Congedo (Ed.), *Vita di don Francisco de Quevedo y Villegas*, Lecce, 2005.

en el *Tribunal de la Justa Venganza* (1635)⁷, obra de Pacheco de Narváez⁸, encargado de criticar duramente *El Buscón* (1626), *Política de Dios y Gobierno de Cristo* (1626) y *Los Sueños* (1627).

Sus polémicas literarias le granjearon ciertas enemistades⁹. Este nunca recibió exequias después de su muerte, a diferencia de Lope de Vega, al que Pérez de Montalbán dedicó la *Fama póstuma* (1636) y Quintana los *Sermones fúnebres* (1635)¹⁰.

Frente a estos reconocimientos colectivos, la biografía de Tarsia constituye un homenaje póstumo de autoría individual y de tardía aparición, pues la separan dos décadas de la muerte del biografiado. Si sumamos a estas peculiaridades la imagen modélica que el biógrafo otorga a Quevedo, su estudio se convierte en un producto valiosísimo para conocer el lugar del vate en campo literario del Siglo de Oro.

2.1. La estimación de la crítica: el acceso al Parnaso

Determinar la posición de un autor en el «canon»¹¹ es un asunto harto complejo porque el propio concepto ya encierra una paradoja: engloba una serie de textos y autores que se proponen como modelos, pero al mismo tiempo su contenido está en constante mutación.

La trayectoria de Quevedo como poeta comienza cuando todavía es estudiante en Alcalá¹² donde establece vínculos con los círculos literarios e intelectuales. Tras su traslado a Valladolid en 1602 para estudiar Teología, Pedro Espinosa eligió dieciocho de sus poemas para incluirlos en la primera parte de las *Flores de poetas ilustres de España* (1605). Posteriormente, la poesía impresa de Quevedo siguió difundiéndose en varias antologías¹³ como la *Segunda parte del Romancero general* (1605), las *Maravillas del Parnaso* (1637) y los *Romances varios* (1643). A pesar de que la temática de los poemas recogidos en las *Flores*¹⁴ era hetero-

7. Vid. L. Astrana Marín (Ed.), *Obras completas de Don Francisco de Quevedo. Obras en verso*, Madrid, 1932, 1099.

8. Además de escritos de Pacheco de Narváez, aparecen fragmentos de Diego Niseno. Varios autores refieren esta doble autoría. Vid. M. J. Tobar, “La huella de Diego Niseno en *El Tribunal de la justa venganza*”, *BRAE*, XC, enero-junio 2010, 131-157; J. I. Laguna Fernández, “Luis Pacheco de Narváez: Unos comentarios a la vida y escritos del campeón de la corte literaria barroca de Felipe III y Felipe IV, y su supuesta relación con el *Tribunal de la justa venganza* contra Francisco de Quevedo”, *Lemir*, 20, 2016, 211-344.

9. Para una visión aglutinadora vid. D. Alonso, *Góngora y el Polifemo*, 6ª ed., Madrid, 1974.

10. Así lo documenta A. Bresadola, “En las honras de Lope Félix de Vega y Honores extremos del doctor Juan Pérez de Montalbán: Francisco de Quintana y la oratoria fúnebre del siglo XVII”, *Lectura y signo*, 7, 2012, 67-89.

11. Con respecto a la formación del canon en el siglo XVII vid. B. López Bueno (Dir.), *El canon poético en el siglo XVII*, Sevilla, 2010.

12. P. Jauralde Pou, *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, 1998, 101.

13. R. Cacho Casal, “Quevedo y el canon poético español”, en B. López Bueno (Dir.), *El canon poético en el siglo XVII*, Sevilla, 2010, 421-452.

14. Sobre las *Flores de poetas ilustres* es fundamental la relectura que propone B. Molina Huete, *La trama del ramillete. Construcción y sentido de las «Flores de poetas ilustres» de Pedro de Espinosa*, Sevilla, 2003.

génea, la imagen de poeta burlón y jocoso fue la predominante en la época y la que perduró a través de los siglos. De hecho, en 1630, Lope de Vega lo llama el «Juvenal en verso»¹⁵.

En el siglo XVII¹⁶, Quevedo es un autor canonizado como demuestra su inclusión en el *Libro de retratos*¹⁷ de Pacheco o que Velázquez lo retratara (frente a frente con Góngora). Sin embargo, la ausencia de exequias es un indicador de que la popularidad y estimación de Quevedo no llegó a ser nunca comparable a la de los grandes escritores del momento. Recuérdese la *Fama póstuma* (1636) que Juan Pérez de Montalbán dedica a Lope a raíz de su muerte en la que intervienen cientos de colaboradores. Del mismo modo, tras la muerte de Montalbán en 1638, fue don Pedro Grande de Tena el encargado de canonizarlo con un volumen colectivo de publicación inmediata: las *Lágrimas panegíricas* (1639).

Sin ser ajeno a las consideraciones de los poetas, Quevedo también expuso sus presupuestos teóricos con respecto al canon poético del momento con obras como la *España defendida* (1609) o los prólogos a las ediciones de fray Luis de León y Francisco de la Torre de 1631, opuestos a la poética gongorina. La elección de un conjunto de autores¹⁸ y obras le permite, no solo posicionarse ideológica o estéticamente, sino también coronarse en el Parnaso¹⁹ español como máximo representante de una estética.

La teoría poética desarrollada en el Prólogo de la edición de fray Luis de León dedicada al Conde-Duque de Olivares pone de manifiesto varias tomas de posición: en el terreno estético, el desdén hacia el cultismo y, en el ideológico, la preferencia por la poesía moralista, como podemos observar en la siguiente cita descubierta en sus anotaciones a la *Retórica* de Aristóteles «la principal cosa que a de hazer el Poeta es enseñar bien con exemplos i Palabras la Philosophia Moral»²⁰. Esta valoración de la poesía como «cosa de utilidad pública» será promulgada también por Pedro Aldrete en la dedicatoria de las *Tres últimas Musas* dirigida al cardenal Pascual de Aragón «todas las obras de don Francisco de Quevedo mi tío, así en verso, como en prosa, sacras, serias, y burlescas, se dirigen a la reformation de costumbres, y contienen alta enseñanza»²¹.

Ya en el XVIII, el surgimiento de una conciencia nacional pone en marcha la revalorización de los autores españoles precedentes. Quevedo es calificado como «humanista y satírico» y ocupa un lugar destacado en el *Diccionario de autoridades* (1726-1739), donde es definido como «honor y gloria de nuestra lengua»²². El sentimiento patriótico y nacionalista favorece el interés por recuperar el pasado y, con ello, a los antiguos héroes nacionales. Este

15. Remito a la silva antes expuesta.

16. R. Cacho Casal, «Quevedo y el canon...» *op. cit.*, 449.

17. Sobre esta obra vid. la monografía de M. Cacho Casal, *Francisco Pacheco y su Libro de Retratos*, Madrid, 2011.

18. Para consultar el listado completo de autores cfr. R. Cacho Casal, «Quevedo y el canon...» *loc. cit.*

19. Sobre el Parnaso español del Siglo de Oro es fundamental la monografía de J. Vélez Sainz, *El Parnaso español. Canon, mecenazgo y propaganda en la poesía del Siglo de Oro*, Madrid, 2016.

20. L. López Grigera, *Anotaciones de Quevedo a la Retórica de Aristóteles*, Salamanca, 1998, 10.

21. F. de Quevedo, *Las tres Musas últimas castellanas: segunda cumbre del Parnaso Español*, Madrid, 1670.

22. Citado por R. Cacho Casal, «Quevedo y el canon...» *op. cit.*, 449.

patriotismo vino impulsado por varias causas²³: por un lado, la obligación de defender a la cultura española de las críticas extranjeras, promovidas por los manteístas y antijesuitas; por otro, la necesidad que tenía Fernando VI de agrupar documentación para legitimarse en la firma del Concordato con la Santa Sede.

La repercusión bibliográfica fue ingente ya que, nunca antes del siglo XVIII, se había realizado este esfuerzo ímprobo en la reconstrucción, orden y sistematización del pasado literario español ateniéndose a criterios cronológicos y estéticos. Esto se materializó en la aparición de instituciones como la Real Academia de Historia en 1738. En el ámbito literario, proliferó la redacción de historias de la literatura²⁴ como el *Teatro español* de García de la Huerta (1785-1786), la *Colección de poesías castellanas* de Juan José López de Sedano (1768), el *Teatro histórico crítico de la elocuencia castellana* de Capmany (1786-94) o los *Orígenes de la poesía castellana* de Velázquez (1754). Este último apunta que en la obra de Quevedo «hai mucho y bueno; principalmente las poesías (...), la traducción de Epicteto y Phocilides y algunas sátiras y canciones»²⁵. De hecho, es a finales del XVIII, en 1792, cuando la biografía de Tarsia se reedita de forma individual, más de un siglo después de su publicación.

Aunque su producción le otorgó una posición en el Parnaso, la reinterpretación de su figura ha jugado un papel determinante en el imaginario nacional, cabría decir que más que la de ningún autor del Siglo de Oro. Quevedo es para la colectividad española un símbolo de la injusticia histórica y de la frustración política²⁶. Para comprender la repercusión que la *Vida de Quevedo* tuvo tanto en sus biógrafos posteriores como en la actitud de los intelectuales hacia su obra, conviene reproducir las palabras de Félix de Llanos, director de la Real Academia de la Historia, en 1945 «si Quevedo no compuso libro alguno científicamente histórico fue evidentemente porque no se lo propuso»²⁷ en las que el literato se presenta como una especie de superhombre versado en infinidad de materias.

23. J. Álvarez Barrientos, “Nación e historia literaria a mediados del siglo XVIII en España”, en L. Romero Tobar (Dir.), *Historia literaria/ Historia de la literatura*, Zaragoza, 2004, 101-114.

24. I. Urzainqui, “Hacia una teoría de la historia literaria en el siglo XVIII: competencias del historiador”, en L. Romero Tobar (Dir.), *Historia literaria... op. cit.*, 209. Sobre la recepción de la literatura española en el siglo XVIII, vid. las colectáneas de J. Lara Garrido y B. Molina Huete (Eds.), *La literatura del Siglo de Oro en el siglo de Ilustración*, Madrid, 2012; J. Lara Garrido y B. Molina Huete (Eds.), *La poesía de siglo de oro en el siglo de las luces*, Madrid, 2013.

25. L. J. Velázquez de Velasco, *Orígenes de la poesía castellana*, Málaga, 1754, 65.

26. Así lo demuestran investigaciones como las de G. de Patricio, “La recepción diacrónica de Quevedo: manipulador manipulado, símbolo colectivo”, *La Perinola*, 15, 2011, 191-234. El artículo estudia la recepción diacrónica de Quevedo (1635-2008) y el tratamiento que se le ha otorgado en los manuales educativos desde la ley Moyano de 1856 hasta el momento actual. La reelaboración más reciente de la que tenemos constancia es la obra de A. Enrique, *Muerte súbita*, Barcelona, 2013.

27. F. de Llanos y Torriglia, *Apología de la carta privada como elemento literario*, Madrid, 1945.

2.2. Motivaciones de escritura: la Vida de Quevedo como estrategia editorial

Los datos que tenemos sobre el autor de esta biografía son escasos. Pablo Antonio de Tarsia²⁸ nació en Conversano el 6 de mayo de 1619 y recibió el título de abad de Sant'Antonno della Barba. Posteriormente, en Nápoles, se doctoró en Teología y participó en la Accademia Degli Oziosi donde es probable que oyera hablar de Quevedo, que unos años antes había sido consejero intelectual y político del duque de Osuna. Entre 1645 y 1647, se trasladó a Madrid para la defensa de Giangirolamo Acquaviva d' Aragona –conde de Conversano-, quien había sufrido acusaciones de tipo político y moral. A pesar de su añoranza de Italia, Tarsia continuó viviendo en Madrid, en la corte de Felipe IV, hasta su muerte en 1665. Su obra abarca alrededor de una veintena de ejemplares disponibles en la Biblioteca Nacional²⁹, la mayoría de trasunto histórico: historias, descripciones o memoriales que cita a menudo en la biografía de Quevedo, utilizándola como elemento propagandístico «de lo qual, y de otros exemplos semejantes, he hablado largamente en el libro, y capitulo quarto de las Animadversiones ferales»³⁰.

Sobre la conexión de Tarsia con Pedro Aldrete no existe ningún estudio detallado. Elías de Tejada³¹ sugiere que el vínculo se establece a partir de la visita de Tarsia a la Torre de Juan Abad en 1658. Se intuye que en este encuentro Aldrete encarga a Tarsia la redacción de la biografía de su tío para utilizarla como estrategia editorial. En el Prólogo, dedicado al mismo, se apunta a una relación de amistad entre los dos «demás, que es deuda de mi obsequio, por lo mucho que debo a Vmd. poner esta imagen delineada con las colores, que ha podido alcanzar mi pluma»³².

El promotor era sobrino del escritor y heredero de su mayorazgo. De acuerdo con la transcripción del testamento de Quevedo transcrito por Crosby y Jauralde Pou «y nombro por primer sucesor en el dicho mayorazgo a don Pedro de Aldrete, mi sobrino, vecino de la villa de Madrid; y después de sus días, suceda su hijo mayor varón, y a falta de él, en los demás sus hijos (...)»³³. Además, estuvo a cargo de la difusión de la obra poética de su tío³⁴, aunque la primera antología de 1648, el *Parnaso español en dos cumbres dividido, con las*

28. M. Prieto Santiago y F. B. Pedraza Jiménez (Eds.), *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 29-33; A. Martinengo, “La Vida de Quevedo de Paolo Tarsia: discours et récit”, en V. García de la Concha (Ed.), *Homenaje a Quevedo*, Salamanca, 1982, 62.

29. M. Prieto Santiago y F. B. Pedraza Jiménez (Eds.), *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 30-31.

30. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 5.

31. F. Elías de Tejada, *Nápoles Hispánico*, Madrid, 1961, 569.

32. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, Prólogo.

33. Transcripción del testamento recogida en J. O. Crosby y P. Jauralde Pou, *Quevedo y su familia*, Madrid, 1992, 358.

34. M. Prieto Santiago y F. B. Pedraza Jiménez (Eds.), *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 7. Para una visión de conjunto sobre el proceso editorial de sus obras I. Arellano, “La transmisión de la obra de Quevedo”, *Revista Anthropos. Huellas del conocimiento*, Extra 6, 34-38; J. Moll, “El proceso de formación de las ‘Obras completas’ de Quevedo”, en V. Roncero y J. Enrique Duarte (Eds.), *Quevedo y la crítica a finales del siglo XX: (1975-2000)*, I, Pamplona, 2002, 365-376.

nueve musas castellanas, corrió a cargo don José Antonio González de Salas. Ya desde la impresión del Parnaso, tanto Pedro de Aldrete como González de Salas emprenden una estrategia de canonización mediante la edición de sus obras. El auge de la poética gongorina y la consecuente publicación de la aparición de las *Obras en verso* (1627) de Góngora, editadas por López de Vicuña, impulsó a los editores a recopilar toda la producción quevediana en un solo volumen. Si bien la publicación del *Parnaso español* (1648) no llegará hasta pasadas dos décadas, tanto la edición de esta obra como la de las *Tres últimas Musas* (1670) forman parte de un instrumento para elevar a Quevedo a la cima del monte Parnaso. Asimismo, la fecha de publicación de la *Vida* en 1663, intermedia entre la edición de estos dos compendios, pre-dispone al lector a interesarse por su obra poética.

Son muy significativas las concomitancias entre el prólogo a las *Tres últimas Musas* de Aldrete y la biografía de Tarsia pues los dos repiten las mismas leyendas³⁵ sobre el vate. Es imposible determinar si Aldrete las copió de Tarsia o si fue el editor el que años antes le había ordenado incluirlas en la obra, aunque todo apunta a la segunda opción.

Con las órdenes de Aldrete y el despliegue del ingenio «subjetivo del autor», se fragua una «Vida»: elemento legitimador del propio mecenas (no olvidemos el Prólogo laudatorio que se le dedica), así como del alabante, que utiliza su biografía como elemento propagandístico de sus obras y muestra de erudición. En este punto, se puede vislumbrar la intención de Tarsia de sumarse al modelo biográfico inaugurado por el marqués de Malvezzi en la corte de Felipe IV. No obstante, asegurar que esta biografía está vinculada a un estilo lacónico opuesto al ciceronianismo es un atrevimiento, pues supone reducir el conjunto de la obra a la búsqueda de un acercamiento estilístico a las prácticas literarias cortesanas³⁶.

3. «Assistir en esto a la utilidad pública»: la inclinación hacia la verdad moral

Las diferencias entre la Historia y los demás géneros se fundamentan en el principio de la *veritas* cuyas normas estaban establecidas en la *Retórica* clásica. Desde Cornificio y Cicerón, continuando por Quintiliano, se establece la división genérica entre géneros de verdad y géneros de ficción, siendo la historia un género de verdad y el poema un género de ficción. Apunta Cicerón que cada uno tiene sus propias leyes: «*alias in historia leges obseruandas, alias in poemate*»³⁷. Sin

35. Los relatos fantásticos de Tarsia y Aldrete coinciden en el carácter beatífico del biografiado: fue capaz de predecir su muerte y su cuerpo apareció incorrupto después de diez años. Hablaremos de los mismos más adelante.

36. Para acercarse a dicha aproximación vid. J. García López, “El estilo de una corte: apuntes sobre Virgilio Malvezzi y el laconismo hispano”, *Quaderns d’Italia*, 6, 2001, 155-169; J. L. Colomer, “*Esplicar los grandes hechos de Vuestra Magestad*. Virgilio Malvezzi, historien de Philippe IV”, C. H. Continisio y Mozzarelle (Ed.), *Repubblica e virtù. Pensiero politico e Monarchia Católica fra XVI e XVII secolo*, Milano, 1996, 121-150.

37. Cicerón citado por E. Sánchez Salor, *Historiografía latino-cristiana. Principios, contenido y forma*, Roma, 2006, 67.

embargo, la biografía ha estado desde los comienzos de la preceptiva literaria en un limbo definitorio: Aristóteles no la trata ni en su *Poética*³⁸ ni en su *Retórica* explícitamente, aunque puede emparentarse con el discurso epidíctico. Por tanto, los rasgos caracterizadores de la biografía solo pueden inferirse tras la observación individualizada de las *vitae*.

Cuando se publica la *Vida de Quevedo*, las vidas ocupan una categoría autónoma en los catálogos, diferenciada de la Historia o la Hagiografía. Las biografías se engloban dentro de la categoría «vidas de personajes particulares», «vidas particulares» o «vidas de hombres señalados». En las bibliotecas, estas vidas particulares suelen agruparse en secciones tituladas «gobierno y estado», al lado de los tratados de Filosofía política³⁹. Esta incursión en la filosofía no atañe solo a lo político, puesto que en el catálogo de la biblioteca IV del duque de Uceda, realizado en 1692, varias biografías figuran bajo la denominación «Filosofía moral».

De esta tradición híbrida se nutre el relato que nos ocupa, cuya finalidad queda enunciada por Tarsia al comienzo de la obra: colocar al autor «en lo más alto de la noticia humana, porque con la ponderación de las decorosas acciones (...) se alienten todos»⁴⁰. Tras la afirmación se deduce que el modelo de hombre descrito es digno de imitación. Este carácter moralizante concuerda a la perfección con el objetivo de la edición de las obras de Quevedo. Así lo enuncia Aldrete en el Prólogo a la edición de las poesías de su tío «asistir en esto a la utilidad pública, como lo fue el del Autor en todas sus obras»⁴¹.

La conjunción de la finalidad informativa con la preferencia del *docere* frente al *delectare* se encuentra en los presupuestos retóricos del discurso epidíctico, motivado por un objetivo laudatorio o de vituperio⁴². De forma más precisa, en el género biográfico, esta aspiración presente en la biografía política se perpetúa con los *Viris Illustribus* y las hagiografías⁴³, y queda materializada en el modelo de biografía humanística de Petrarca⁴⁴.

3.1. El criterio selectivo

En esta biografía de alcance amplio, el italiano describe los acontecimientos más destacados de la vida de Quevedo, desde su nacimiento en 1580, hasta su muerte en 1645. El contenido

38. Aristóteles, *Poética*, 2ª ed., Madrid, 2013.

39. A. Delage, «Las vidas particulares bajo el reinado de Felipe IV», *Criticón*, 97-98, 61-74, cita algunas biografías clasificadas dentro esta categoría en la Biblioteca del Alcázar, catalogada en 1637.

40. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo...*, *op. cit.*, Dedicatoria a Pedro Aldrete.

41. F. de Quevedo, *Las tres Musas últimas castellanas...* *op. cit.*, Prólogo.

42. J.J. Caerols, «La evolución de la Historiografía literaria clásica», en P. Aullón de Haro (Ed.), *Teoría de la historia de la literatura y el arte*, Madrid, 1994, 35-83. Esta vía de compromiso moral está ya presente en Plutarco, vid. V. M. Ramón Palerm, «Plutarco y la biografía política en Grecia: aspectos de innovación en el género», en V. Valcárcel Martínez (Coord.), *Las biografías...* *op. cit.*, 41-68.

43. Sobre el propósito edificante de la hagiografía. Cfr. E. Sánchez Salor, *Historiografía latino-cristiana...* *op. cit.*, 55-60.

44. J. A. Sánchez Marín, «La biografía de literatos en Roma», en V. Valcárcel Martínez (Coord.), *Las biografías...* *op. cit.*, 209-238.

atiende a dos planos bien diferenciados. Por un lado, presta especial consideración al plano biográfico o *bios*, mediante la narración de tres sucesos que corrobora con abundante documentación (la marcha a Italia, el papel desempeñado en la conjuración de Venecia y su posterior encarcelamiento en san Marcos de León) la cual extrae «de las noticias, que me han participado personas dignas de todo crédito, que le comunicaron, y que he sacado de papeles, y otros recados auténticos, que han llegado a mis manos»⁴⁵. Por otro lado, el resto del texto está dominado por las leyendas y por las anécdotas maravillosas. También se observa una clara preeminencia de la etopeya: la afición al estudio, el carácter enciclopédico de sus conocimientos y su condición misericordiosa y humilde destacan entre una gavilla de virtudes morales. Reproduzco aquí el índice que elabora Martinengo en el que observamos la preeminencia del elemento ‘subjetivo’ frente a los fragmentos documentados⁴⁶

0. Prólogo (1-6; 851-52); I. Nacimiento, mocedades y genealogía de Quevedo (6-16; 853-56); II. Su inclinación a los estudios literarios y filológicos (16-20; 856-58); III. Su inclinación a las demás ciencias (20-23; 858); IV. Su primacía en el dominio de la poesía (23-28; 858-59); V. Severidad de sus costumbres (28-35; 859-61); VI. Amistad y estimación por los doctos de su tiempo (35-38; 861-62); VII. Obras de Quevedo (38-44; 862-64); VIII. Sus ilustres valedores (44-48; 864-65); IX. Sus detractores (48-54; 865-66); X. Sus aficiones de filósofo natural (54-58; 866-67); XI. Su destreza en el manejo de las armas: Don Francisco mata una onza y desafía a un caballero (58-63; 867-68); XII. Su actuación en Italia bajo el mando de Osuna (63-76; 869-73); XIII. Estimación de los literatos italianos y de las demás naciones por Quevedo (76-88; 873-76); XIV. Peligros e incomodidades sufridos por el servicio del Rey (88-96; 876-78); XV. Piedad de Quevedo y su devoción a la Virgen (96-99; 878-78); XVI. Celo por la verdad y la medida (99-102; 879-80); XVII. Dichos graciosos de Quevedo (102-09; 880-82); XVIII. Su casamiento (109-17; 882-84); XIX. Costumbres de Don Francisco en la Torre (117-22; 884-85); XX. Persecuciones y encarcelamiento de Quevedo en San Marcos de León (122-40; 885-90); XXI. Liberación, testamento y muerte de Quevedo (140-51; 890-93); XXII. Su retrato (151-55; 893-94); XXIII. Sucesos prodigiosos ocurridos después de su muerte (155-62; 894-96).

A pesar de carecer de fundamentación histórica probada, el relato de Tarsia supone el punto de partida para la construcción de un icono nacional y algunas de sus afirmaciones se aceptan como válidas por la crítica, especialmente en fechas cercanas a la publicación de la obra⁴⁷. Ya en el XIX, varios quevedistas aportaron nuevos datos, v. g. Fernández Guerra⁴⁸ en su edición de las *Obras completas* o *Mérimée*⁴⁹, con un ensayo sobre la vida del literato. Sin embargo, el carácter mítico de la biografía de Tarsia se mantiene todavía en el siglo XX con

45. P. A. de Tarsia, *Vida de Quevedo... op. cit.*, 161-162.

46. Cfr. A. Martinengo, “La vida de Quevedo, de Paolo Tarsia...” *op. cit.*, 62.

47. Cfr. J. J. López de Sedano, *Parnaso español. Colección de poesías escogidas de los más celebres poetas castellanos*, Madrid, 1770, 25-46; J. A. Álvarez y Baena, *Hijos de Madrid*, 1790, II, 137-154; A. Capmany y de Montapalau, *Teatro Histórico Crítico de la Elocuencia española*, 1794, V, 36.

48. A. Fernández Guerra, *Obras de Don Francisco de Quevedo y Villegas*, Madrid, 1852-1859.

49. E. Mérimée, *Essai sur la vie et les ouvrages de Francisco de Quevedo (1580-1645)*, París, 1886.

las reinventiones de Astrana Marín⁵⁰, Espina⁵¹, Campoamor⁵² y Papell⁵³. A la desmitificación de datos han contribuido especialmente estudiosos como Crosby⁵⁴, quien rectifica algunas de las ideas aceptadas y aporta datos referentes a la cronología. Su obra inaugura un cambio de paradigma en los estudios de la producción quevediana. Del mismo modo, Reglá⁵⁵, Rocamora⁵⁶, Martinengo⁵⁷, Pedraza⁵⁸, Juárez⁵⁹ y Jauralde⁶⁰ han invalidado, con sus investigaciones, algunas de las leyendas que aún circulaban sobre el poeta.

Son dignos de reseña algunos episodios conflictivos, véase el caso de la participación de Quevedo en la conjuración de Venecia de 1618, refrendada posteriormente por Astrana Marín⁶¹, el cual, en la mayoría de los casos, fundamenta su postura en los testimonios de Tarsia y Aldrete y en dos informes de Quevedo al Consejo de Estado el 22 y 26 de junio de 1618. Esta idea no se discutió hasta que, en 1954, Emilio Beladiez⁶² lo puso en entredicho. También Crosby⁶³ duda de la implicación de Quevedo en esta conjuración al considerar imposibles las continuas idas y venidas a España con los medios de transporte de la época. Además, este apunta que la correspondencia de Osuna y Quevedo seguía produciéndose en Madrid, con lo que el argumento queda anulado. Igualmente es objeto de controversia la causa del viaje de Quevedo a Italia. Mientras Tarsia achaca la partida al asesinato de un hombre, tras haber abofeteado a su mujer en una iglesia⁶⁴, Astrana Marín⁶⁵ supedita esta marcha a las ambiciones políticas de Quevedo.

La narración se amolda al esquema biográfico propuesto por los *progymnasmata* de la retórica epidíctica⁶⁶. Estos ejercicios retóricos de raigambre clásica que figuran en los manuales de Teón, Hermógenes, Aftonio y Nicolao de Mira son rescatados por el humanismo y adquieren un rol fundamental en los estudios de Retórica de los siglos XVI y XVII españo-

50. L. Astrana Marín, *La vida turbulenta de Quevedo*, Madrid, 1945.

51. A. Espina, *Quevedo*, Madrid, 1945.

52. C. Campoamor, *Vida y obra de Quevedo*, Buenos Aires, 1945.

53. A. Papell, *Quevedo. Su tiempo, su vida, su obra*, Barcelona, 1947.

54. Cfr. J. O. Crosby, *En torno a la poesía de Quevedo*, Madrid, 1967; J. O. Crosby, *Guía bibliográfica para el estudio crítico de Quevedo*, 1976, Londres; J. O. Crosby, *Poesía varia*, Madrid, 1981; J. O. Crosby y P. Jauralde Pou, *Quevedo y su familia...* *op. cit.*; J. O. Crosby, *Nuevas cartas de la última prisión de Quevedo*, Woodbridge, 2005.

55. J. Reglá, "Un dato para la biografía de Quevedo", *RFE*, 40, 1956, 234-236.

56. P. Rocamora, "Quevedo y la política internacional de su tiempo", *Arbor*, 423, 1981, 7-18.

57. A. Martinengo, "La Vida de Quevedo..." *op. cit.*, 59-68.

58. M. Prieto Santiago y F. B. Pedraza Jiménez (Eds.), *Vida de don Francisco de Quevedo...* *op. cit.*

59. E. Juárez, *Italia en la vida y obra de Quevedo*, New York, 1990.

60. P. Jauralde Pou, *Francisco de Quevedo...* *op. cit.*

61. L. Astrana Marín, *Epistolario completo de D. Francisco de Quevedo y Villegas*, Madrid, 1946.

62. E. Beladiez, *Osuna el Grande, el Duque de las empresas*, Madrid, 1954.

63. J. O. Crosby, "Quevedo's alleged participation in the conspiracy of Venice", *HR*, 23, 1955, 259-273.

64. Cfr. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo...* *op. cit.*, 61-63.

65. L. Astrana Marín, *Obras completas de Don Francisco de Quevedo...* *op. cit.*

66. V. M. Ramón Palerm, "Plutarco y la biografía política en Grecia..." *op. cit.*, 41-68.

les⁶⁷. Su modelo retórico está unido a una finalidad moralizante que los convierte en el cauce perfecto para una biografía encomiástica. Así lo propone Plutarco en sus *Vidas*: la *chría*, el *enkomio*, y la *synkrisis* representan la base estructural del *bios*⁶⁸.

Tarsia comienza la obra con una *synkrisis* entre los grandes poetas de la antigüedad y el biografiado: relata la negación de Agesilao a que le levantasen monumento que no fuese literario, o los versos que Simónides hizo a un cuerpo muerto «pareciéndole medio más proporcionado para entregarle a la eternidad, una pluma bien cortada, que los metales, y piedras artificiosas esculpidas»⁶⁹. Con esta apología de la escritura, el autor, por una parte, legitima a su obra y, por otra, equipara a Quevedo con «un varón, que hubiera sido de tanta veneración en aquellos siglos primeros»⁷⁰. Siguiendo el esquema de Aftonio⁷¹, comienza con la descripción de un linaje en el que se señalan familia, patria, antepasados y padres,

salió, pues, a la luz don Francisco de Quevedo y Villegas en la Real Villa de Madrid en el año de 1580. y puedo sin duda dezir, con más acierto, que salió una nueva luz, para hermohear con sus rayos a España, y al Mundo todo (...) su padre fue Pedro Gómez de Quevedo, Secretario de la Señora Reyna doña Ana, muger del Señor Rey Don Felipe Segundo, en cuya ocupación dió singulares muestras de su entendimiento, saçonandolas siempre con piedad Christiana (...) fue su madre doña María de Santibañez, que asistiendo desde sus tiernos años a la Camara de la Reyna (...) en ambos concurrieron prendas de muy antigua calidad, y nobleza; pues el Secretario Pedro Gómez de Quevedo, fue hijo de Doña María de Villegas, el uno natural de Vexoris, y la otra de Villa Sevil en el valle de Toranço (...). Por lo Villegas tuvo don Francisco por sus ascendientes a Pedro Ruiz de Villegas, Comendador de la Orden (...) Capitán de la Guarda del Rey don Juan el Segundo (...)⁷².

Prosigue haciendo mención a la educación en aficiones. La imagen proyectada es la de un políglota, conocedor de lenguas, versado en letras humanas, Derecho Civil y Canónico, Matemática, Astrología, Ética y Filosofía natural, con especial inclinación hacia el estudio de la Sagrada Escritura⁷³. Además, se detiene en las alabanzas recibidas por parte de eruditos como Lipsio y Juan Queralt⁷⁴ y termina el relato haciendo referencia a los bienes del alma, del cuerpo y de la fortuna. Si bien, es cierto que se observa un predominio del tratamiento de los primeros con respecto a los del cuerpo. Estos últimos apenas son tratados en una pequeña

67. Para situar el papel de los progymnasta en la educación de la Edad Moderna española vid. E. Artaza, *Antología de textos retóricos españoles del siglo XVI*, Bilbao, 1992; T. Arcos Pereira, “Los primeros niveles de la enseñanza de la retórica: los progymnasmata”, en J. M. Maestre Maestre *et alii*. (Coords.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico V: homenaje al profesor Juan Gil*, 3 vol., Madrid, 2015, 1163-1190.

68. Cfr. V. M. Ramón Palerm, “Plutarco y la biografía política...” *op. cit.*, 48.

69. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo...* *op. cit.*, 5.

70. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo...* *op. cit.*, 5.

71. La obra de Aftonio tuvo gran repercusión en la educación española del siglo XVII, concretamente la edición de Reinhard Lorch. Citado por Artaza, *Antología de textos retóricos...* *op. cit.* 54-55.

72. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo...* *op. cit.*, 6-8.

73. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo...* *op. cit.*, 17-21.

74. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo...* *op. cit.*, 25-28.

descripción prosopográfica al final de la obra que sirve para atemperar su fealdad «no se podía decir lo que á un Filósofo mal encarado dijo un Astrólogo: *Tuus animus male habitat. Tu ánimo vive en mala posada*»⁷⁵.

Casi al mismo nivel que el plano biográfico, la narración atiende a un plano trascendente de sorprendente influencia en el ideario nacional. Tarsia relata una serie de anécdotas o leyendas de carácter escatológico y taumatúrgico en las que se observa claramente el peso de patrones hagiográficos comunes. Tal es el caso del robo de las espuelas doradas⁷⁶, el don de la predicción de la hora de la muerte⁷⁷ o la incorruptibilidad del cuerpo⁷⁸. A esta santificación contribuye la carta que Tarsia introduce como epílogo⁷⁹, una misiva que Francisco de Quevedo dirige a don Antonio de Mendoza días antes de su muerte y que reafirma la imagen del hombre asceta en consonancia con los salmos del *Heráclito cristiano*⁸⁰.

Dispositivamente, el autor se ciñe a un orden «temático» o *per species*. La elección de este criterio obedece a una estrategia compositiva, ya que, con la escasez de documentación de la que dispone, es el único modo de alcanzar la verosimilitud retórica. Mediante esta técnica, Tarsia focaliza las hazañas más relevantes del biografiado y obvia ciertos pasajes. El autor también utiliza un instrumento refrendado por siglos de tradición. Es preciso recordar en este punto la preferencia de Plutarco por la verdad moral frente a la histórica⁸¹; las alabanzas que san Jerónimo⁸² profería a la *Vita e passio Cypriani*, o las elocuentes palabras de Ribadeneira⁸³ donde suscribe esta forma de estructurar el discurso «como solícita abeja recogía flores de muchos sabios para labrar el panal de su dulcissima sabiduría»⁸⁴. De hecho, dicho criterio es el predilecto y recomendable en la tradición hagiográfica:

La poética del escritor cristiano ha de moverse de acuerdo con un criterio selectivo, según repiten infinitos autores desde los padres de la Iglesia; en ese sentido, la abeja es nuevamente la maestra que enseña a llevar a cabo una cosecha moral⁸⁵.

Con todo, la disposición da como resultado una obra caótica a los ojos del receptor. Este criterio es a su vez tan confuso como atractivo, pues se ofrece, no solo la narración de una vida, sino también un tratado de filosofía moral, aderezado con leyendas maravillosas

75. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 151.

76. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 155-156.

77. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 148-149.

78. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 158-161.

79. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 163-181.

80. Vid. F. de Quevedo, *Obras completas*, I, Barcelona, 1963, 17.

81. V. Ramón Palerm, «Plutarco y la biografía política...» *op. cit.* 52.

82. «Fuerint licet studia et bonae artes devotum pectus imbuerint, tamen illa praetereo: nondum enim ad utilitatem nisi saeculi pertinebant», citado por E. Sánchez Salor, *Historiografía latino-cristiana... op. cit.* 68.

83. *Flos*, I, 274, citado por A. Gómez Moreno, *Claves hagiográficas... op. cit.*, 100.

84. Para una panorámica sobre la influencia de la hagiografía en la literatura española vid. A. Gómez Moreno, *Claves hagiográficas... op. cit.*

85. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 100.

y sentencias que da cuenta de la imagen más idealizada que se ha publicado del poeta hasta nuestros días.

3.2. Los mecanismos de verosimilitud

La *Vida de don Francisco de Quevedo* no puede considerarse estrictamente una «biografía» tal y como entendemos hoy el término, sino como un relato plagado de leyendas, algunas inventadas a propósito por el autor y otras debidas, simplemente, a la ausencia de datos fiables. Aun así, como toda obra literaria, la biografía de Tarsia puede apartarse de la verdad pero no de la verosimilitud. Con este cometido, el autor introduce el elemento subjetivo en aquellos capítulos para los que no dispone de documentación, es decir, todos a excepción de los capítulos XII y XX donde se remite a su actuación en Italia y a sus persecuciones y encarcelamientos respectivamente⁸⁶. Así pues, para alcanzar la verosimilitud es preciso recurrir a varios procedimientos sujetos la invención.

El autor se sirve de *topoi* retóricos comunes, partiendo del *pauca e multis*, pues «nunca puede ser bastante lo referido para introducir al bosquejo de un Varon, que hubiera sido de tanta veneración en aquellos siglos primeros»⁸⁷. La narración se estructura mediante una *brevitas*⁸⁸ selectiva e interesada, con la excusa de evitar el *fastidium lectoris* y de este modo trasladar al lector una imagen concreta del personaje. Vinculados a esta *brevitas*, están la *recusatio* y el uso de la *praeteritio*⁸⁹ clásica que repite hasta la saciedad. En efecto, el napolitano advierte al lector de que «es escusado hacer catálogo de sus obras, pues andan entre manos de todos, y no salen del sudor continuado de las prensas tantos exemplares, quantos gasta la curiosidad»⁹⁰. También se documenta la introducción del narrador como testigo, así como la presencia de testigos oculares⁹¹.

Algunos de estos procedimientos están relacionados con las estrategias de promoción dentro de la Corte del propio biógrafo. Es frecuente que cite obras suyas o de amigos bastante próximos como las *Animadversiones ferales*, el *Memorial político histórico* (1657) o la

86. Me atengo al índice propuesto por Martinengo.

87. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.* 5.

88. E. Sánchez Salor, *Historiografía latino-cristiana... op. cit.*, 61, distingue entre la *brevitas* compendiosa y la *brevitas* selectiva. La primera de ellas implica el resumen de una obra con el fin de evitar el *fastidium lectoris*, tal y como hace Festo en su *Breviarium*; la segunda consiste en la selección interesada de hechos con el propósito de resaltar algunos y dejar a otros en el olvido.

89. Figura retórica relacionada con la hipérbole que recurre a fórmulas como «más vale no hablar de», «para no cansaros no voy a decir». Cfr. M. Trambaioli, ««Pero esto ahora no es del caso»: la *praeteritio* en el teatro de Calderón», *Criticón*, 87-88-89, 2003, 855-863.

90. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.* 43. El catálogo que introduce a continuación podría considerarse una garantía de la autoría de Quevedo de la que se aprovecharía Aldrete, ya que este había heredado las obras de su tío y vendía el privilegio a los diferentes editores.

91. P. A. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 31 «Me refirieron por cosa notable, quando estuve en su casa de la Torre de Juan Abad el años de 1658 (...)»

Historia y Antigüedad de la ciudad de Conversano (1649), lo que obedece a una estrategia propagandística.

Asimismo, la obra se caracteriza por ser un continuo alarde de erudición, pues sin ella «no tienen gusto ni substancia los discursos, ni las conversaciones ni los libros»⁹². Si se tiene en cuenta el sistema educativo imperante, no es de extrañar que un abad napolitano del siglo XVII abuse de la cita y el parafraseo de *autoritas* de triple raigambre⁹³ —bíblica, clásica y renacentista— «ni toda sacra, ni toda profana, ya la antiga, ya la moderna; una vez un dicho, otra vez un hecho; de la historia, de la poesía; que la hermosa variedad es punto de providencia»⁹⁴. Este despliegue erudito se inserta por medio del estilo directo o «versos por acomodación»⁹⁵. La inclusión de sentencias en las *vitae* es una fórmula recurrente. Gómez Moreno⁹⁶ apunta a un paradigma español que tiene su origen en el sermón., siempre unido a una finalidad didáctica. Señala el conjunto de *exempla* reunidos por don Juan Manuel en *El conde Lucanor* o, ya en el XIX, la *Patrología Latina* de Migne, donde las *vitae patrum* se ilustran mediante unas sentencias temáticas o *verbo seniorum*. En la misma línea, la preceptiva del seiscientos enuncia la pertinencia de las sentencias y de la invención de historietas maravillosas que aporten verosimilitud al relato. En *Agudeza y arte de ingenio*⁹⁷,

Las sentencias y las crisis sazonan la historia, que sin estos dos resabios es insulsa la narración, especialmente a gustos juiciosos, a profundas capacidades. Y aunque cualquiera sentencia es concepto, porque esencialmente es acto del discurso una verdad sublime, recóndita y prudente, pero las que son propias de esta arte de agudeza, son aquellas que se sacan de la ocasión y les da pie alguna circunstancia especial, de modo de que no son sentencias generales, sino muy especiales, glosando alguna rara contingencia por ellas.

La elección de los autores es de amplio espectro, abarca desde la Antigüedad clásica (historiadores, literatos, etc.) hasta los contemporáneos del autor, sin olvidar a los Padres de

92. B. Gracián, *Agudeza y arte de ingenio*, Madrid, 1969, 217.

93. A. Martinengo, “La Vida de Quevedo de Paolo Tarsia...” *op. cit.*, 64, registra las siguientes fuentes

- Autores clásicos:

1. Poetas: Teócrito y Virgilio

2. Historiadores, filósofos, etc.: Plinio el Mozo (citado cinco veces), Plutarco y Valerio Máximo, Cicerón, Séneca, Tácito, Elio Sparciano y Julio Capitolino, Suetonio, Jenofonte.

- Biblia y Padres de la Iglesia: *Eclesiástico*, *Proverbios*, *Salmos* y *Hechos de los Apóstoles*, San Agustín, Posidonio, San Jerónimo, Firmiano Lactancio.

- Humanistas: Pico della Mirandola, Angelo Poliziano, Antonio Panormita y Jean Bodin, Adrián Behocio, Juan Caramuel.

94. B. Gracián, *Agudeza y arte...* *op. cit.*, 217.

95. B. Gracián, *Agudeza y arte...* *op. cit.*, 62.

96. A. Gómez Moreno, *Claves hagiográficas...* *op. cit.*, 31.

97. B. Gracián, *Agudeza y arte...* *op. cit.*, 22.

la Iglesia. La sentencia⁹⁸ equipara al biografiado con el segundo objeto de la comparación y se convierte en un recurso utilísimo para crear una imagen del poeta en consonancia con el ideal de hombre humanístico de la época.

3.3. Quevedo un «Varón santo»

«Maestro de errores, doctor en desvergüenzas, licenciado en bufonerías, bachiller en suciedades, catedráticas de vicios y proto-diablo entre los hombres», así definía el *Tribunal de la Justa Venganza*⁹⁹ al literato. Este es solo uno de los improperios que el autor sufrió en vida. En el polo opuesto se sitúa nuestro relato en el cual se proyecta una imagen modélica sin tropiezo alguno a lo largo de su trayectoria vital. La inexistencia de algún desliz juvenil, tal y como sucede en multitud de hagiografías¹⁰⁰, es una muestra del interés apologético de la misma, en detrimento de la finalidad informativa.

Este prototipo de hombre virtuoso tiene como referente directo la influencia, no solo de las vidas de santos, sino también de los modelos de hombre propuestos por Gracián en *El discreto* (1646), manual de cortesanía en consonancia¹⁰¹ con los modelos de comportamiento áulicos precedentes como *El cortesano* (1528) de Castiglione o *El galateo* (1582)¹⁰². El carácter ascético y la búsqueda de perfección constituyen el *leitmotiv* de su conducta. Tarsia parece coincidir con la opinión de Quevedo en *Providencia de Dios*¹⁰³:

Por honra, por vergüenza, por respeto de Ley, por Religión, por premio de otra vida, ningún animal se modera en el apetito, ni en la comida, ni en el robo ni en la ira: ni se quita nada de comodidad, ni ama la muerte, ni desprecia la vida; y el hombre por todas aquellas razones se priva de todas estas cosas con gozo y esperanza. Si aquellos aciertan todos, este en toda yerra. Si ellos conocen la verdad, este solo entre todas las cosas criadas no tiene de ella conocimiento.

98. No es preciso ni tampoco objeto de este artículo enumerar las sentencias que recoge la obra. No obstante, señalo algunas que dan cuenta del procedimiento: «Pues los hombres grandes no se embarcan en menudencias, como el Aguila, que nunca se ocupa en caçar moscas, segun el refran, de que hace mención Pablo Manucio: Aquila non captat muscas» *Vida... op. cit.*, 49; «Seguiré al Sabio, que me aconseja, no responder al loco segun su locura, Proverb. cap. 26. vers. 4. Ne respondeas siulto iuxta stutitiam suam, ne efficiaris ei similis» *Vida... op. cit.*, 53.

99. Citado por L. Astrana Marín, *Obras completas de Don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 1099.

100. Un claro ejemplo son los episodios tormentosos que narra san A. de Hipona, *Confesiones*, 2ª ed., Barcelona, 1975.

101. J. E. Laplana Gil, “El discreto”, en A. Egido et al. (Coords.), *Baltasar Gracián: estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, Zaragoza, 2001, 59-71, señala el éxito de *El discreto* con carácter independiente y de manera antológica en las *Obras completas* del jesuita. Hubo seis ediciones entre 1663 y 1674 (Madrid, Barcelona y Amberes).

102. Vid. M. Blanco, “Les discours sur le savoir-vivre dans l’Espagne du siècle d’or”, en Alain Montadon (Dir.), *Pour une histoire des traités de savoir-vivre en Europe*, Clermond-Ferrand, 1994, 111-149.

103. F. de Quevedo, *Vida y obras posthumas de Francisco de Quevedo y Villegas*, Madrid, 1729, 124.

De este fragmento se desgajan varias claves de lectura, en ningún caso, fortuitas. Quevedo es presentado por Tarsia como un hombre parco en el comer que deja incluso de cenar para atender al estudio pues, parafraseando a Lactancio Firmiano, «no hay manjar para el ánimo más sabroso que el conocimiento de la verdad»¹⁰⁴. La frugalidad y la morigeración son virtudes destacadas de los santos¹⁰⁵. Dignas de reseña son las figuras de Nicolás de Bari y Juan de la Mata¹⁰⁶, quienes, según cuenta la leyenda, se abstendían de la lactancia algunos días de la semana en señal de penitencia. Además, esta apetencia al estudio adquiere un carácter humanista. El biografiado se nos muestra como un intelectual, interesado en varias materias –no solo en las letras, estudiante de medicina y avezado con la espada¹⁰⁷. No obstante, el interés no basta: la diligencia tiene más entidad que la intención, pues «no es menor infelicidad la de una grande inteligencia sin ejecución»¹⁰⁸. De Quevedo se cuenta¹⁰⁹ que tenía una mesa larga con cuatro ruedas y repleta de libros a los pies de la cama para que si se levantaba a deshora pudiera comenzar el estudio inmediatamente. En confrontación está la imagen de chistoso, en continua pugna con la del asceta. Quevedo es un hombre con gusto por el chiste, de este modo es descrito por Tarsia, aunque sin llegar al personaje bufonesco que de él conformaron sus coetáneos, interesados en su deformación.

No desdican á la gravedad los chistes, ni el gracejo; antes son ornamento de un hombre docto, y eloqüente. Así lo confirma con su autoridad el Príncipe de los Latinos Ciceron, que en el libro II del Orador dice que es su oficio mover á risa; porque la alegría grangea benevolencia y los dichos agudos y facetos, muestran ingenio, erudicion y prontitud y quebrantan al adversario (...) sin que por ellas perdiese jamás la opinión de su gravedad¹¹⁰.

Dejando a una lado las virtudes enunciadas, el trasvase del género hagiográfico¹¹¹ a la biografía secular se evidencia en el proceso de beatificación del que es objeto el literato. No satisfecho con asegurar su incorruptibilidad cadavérica como explicita la siguiente cita

104. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 34.

105. A. Gómez Moreno, *Claves hagiográficas...op. cit.*, 33.

106. A. Gómez Moreno, *Claves hagiográficas...op. cit.*, 105.

107. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 55.

108. B. Gracián, *El discreto*, Buenos Aires, 1960, 189.

109. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 35.

110. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 104. Esta predilección por el humor ya está presente en Plutarco dentro de la corriente retórico pedagógica y se acentuará con la tradición de los *progymnasmata*. Es un humor comedido y con un claro afán edificador. Vid. V. Ramón Palerm, “Plutarco y la biografía política...” *op. cit.*, 47.

111. La biografía se distancia de la hagiografía, básicamente, en la motivación de su escritura. Esta reside en una necesidad litúrgica con el propósito de la celebración de algún oficio y el fomento de la lectura de obras de piedad. De manera que existen vidas de santos que en ningún caso son hagiografía. Las hagiografías presentan modelos morales dignos de imitación, de gran utilidad para conocer los valores de una época, pero carentes de valor histórico. Cfr. A. García de la Borbolla, “La hagiografía medieval, una particular historiografía. El balance del caso hispano”, *Hispania Sacra*, 51, 1999, 688-702, donde estima el valor de las fuentes hagiográficas y traza la evolución historiográfica de esta disciplina.

«habiéndose ofrecido diez años después de la muerte de Don Francisco abrir la bóveda para otro entierro, quisieron algunos Caballeros curiosos mirar su cuerpo; y abriendo el atahud, le hallaron entero, y sin lesion, ni corrupcion alguna, con grande admiración de todos: y si bien esto no es señal cierta de santidad»¹¹², a Quevedo se atribuyen gracias históricamente reservadas a los santos: el olor de santidad, prueba en los procesos de canonización, y la premonición de la muerte «entonces el Medico le dixo, que le parecía viviria aun tres dias: pero Don Francisco, que tenia hecho mas acertado juizio de estado en que se hallaba, replicó, que no viviria tres horas y luego pidió que le truxessen la Santa Uncion, que muchos dias antes avia diferido para aquel punto»¹¹³.

En esta línea, Tarsia describe en tono jocoso la anécdota del torero, el cual fue conducido hasta el sepulcro del vate por el primer toro para devolverle las espuelas de oro que le había robado «entroçe en la plaça muy galan, pero con mal pie, pues para su aliño despojo los pies de un muerto. El primer toro, que embistió, vengó a su atrevimiento; porque no solo le derribó del caballo, sino que le maltrató de tal suerte, que le hizo correr, sin menearse, hasta el sepulcro, porque hiziera restitución de las espuelas»¹¹⁴.

Conclusiones

La *Vida de don Francisco de Quevedo*, a cargo del abad napolitano Pablo Antonio de Tarsia, se construye como un monumento exequial en el que la imagen quevediana mostrada por el autor roza la santificación. Es una obra tardía pensada para venderse de manera exenta y así consolidar la posición del vate en el canon poético del Siglo de Oro. Su complicada personalidad y sus orientaciones le costaron numerosos denuos que condujeron a su deformación. Por dicho motivo, esta biografía póstuma es un elemento utilísimo del que se vale su promotor, heredero y sobrino, Pedro Aldrete, con el fin de desmentir esta faceta burlona y procurar un mejor éxito editorial a sus obras.

La biografía es un híbrido entre los géneros de verdad y los de ficción cuyas reglas escapan a la preceptiva clásica. En el siglo XVII, las vidas estaban emparentadas con la Filosofía moral y tenían como precedente directo a las *vitae* seriadas de la Antigüedad clásica, así como a las hagiografías. Tanto el modelo clásico como las vidas de santos tienen una clara finalidad edificadora de la que es heredera esta biografía. Si a esto le sumamos la estrategia editorial en la que está concebida, resulta una concepción beatífica del poeta que se superpone a la finalidad informativa.

Si bien, es por todos conocido que la vida de Quevedo escapa a los patrones de un santo. Su autor narra ateniéndose a un criterio selectivo en el plano biográfico, unas veces con una intencionalidad concreta, otras simplemente está condicionado por la falta de documentación. Se vale de una disposición temática que le permite rellenar los vacíos documentales

112. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 158-161.

113. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 148-149.

114. P. de Tarsia, *Vida de don Francisco de Quevedo... op. cit.*, 156-157.

con leyendas y anécdotas de carácter escatológico o taumatúrgico. El fruto es un relato caótico en cuanto a la datación pero muy atractivo para los potenciales lectores.

La biografía no solo eleva a Quevedo a la cima del Parnaso, sino que también el italiano se legitima en esta obra haciendo un alarde de erudición mediante procedimientos como la sentencia, muy estimada en la tradición biográfica. En este marco legitimador, el autor se atreve a insertarse dentro de la narración en pos de la autopropaganda.

Sorprendentemente, los datos, acontecimientos y anécdotas de la *Vida* han sido recogidos por la crítica y han formado parte de las reelaboraciones biográficas del escritor hasta nuestros días. Por ello, creemos el estudio de este texto tiene una importancia capital, ya que, además de dar cuenta del estado de esta tipología genérica en el seiscientos, refleja los valores de una época plasmados en un «héroe» nacional cuya influencia persiste en la actualidad.